

«Lo que ha sucedido en diez años volverá suceder, y los fenómenos morales que observamos en este último período, volverán á repetirse con toda exactitud cuando sea necesario.»

LAS CONSECUENCIAS DEL SITIO DE PUEBLA.

Como se sabe, el sitio de Puebla fué causa de grandes vacilaciones y de mayores sorpresas en la corte de Napoleón III. El emperador no durmió durante varias noches consecutivas, presa de la zozobra, y el día que llegó la noticia de la toma de la plaza, el príncipe imperial en persona arrojó el parte de la rendición al pueblo aglomerado en las afueras de las Tullerías. Se consideraba aquel caso tan importante como cualquiera de las grandes batallas de la monarquía.

Durante el largo y porfiado sitio se empezó á comprender que aquella «kabila indocil é incapaz de cultura,» aquella «raza decaída y decrépita,» aquel «pueblo sin resorte moral y sin energías para la defensa,» servía para algo más que pagar reclamaciones exorbitantes y doblegarse ante las exigencias y los caprichos de cualquier aprendiz de diplomático del Quay d' Orsay.

En un autor francés, que por joven, por presuntuoso y porque venía primera vez al país refleja ampliamente el criterio del ejército invasor y quizás el de la nación francesa, nos encontramos la génesis del cambio de las opiniones acerca de Méjico.

No había quien no conviniera en que el fracaso del 5 de mayo había sido obra de la casualidad, de la torpeza de los franceses, de la buena suerte de los mejicanos, de cualquiera de todas estas cosas ó de todas ellas juntas, pero sin que el suceso pudiera repetirse una vez más, á no ser que se trastornaran las leyes de la naturaleza. Por eso Loizillon, el autor á que me refiero, anunciaba á una su amiga, el 9 de diciembre del 62¹ que no tardará el ejército en llegar á Méjico, probablemente sin disparar un tiro.

El 23 del mismo mes decía desde Perote: «Como quiera que sea, no atacaremos á Puebla antes de los fines de enero. Algunos creen que nos costará mucho; otros, por el contrario, opinan que los mejicanos echarán pie atrás al primer cañonazo. Yo soy del parecer de estos últimos.²»

1 Op cit pág. 20.

2 Op cit pág. 30.

El 21 de enero avisaba desde Quecholac: «Seguramente que Puebla no resistirá más de quince días, pero quizás perdamos un mes en organizar una nueva base de operaciones antes de marchar para Méjico.¹»

El 4 de febrero la jactancia del joven capitán llegaba al período álgido. «En el ejército, no hay quien no esté seguro (y bien lo prueban cuantos combates hemos sostenido) que dos batallones, tres escuadrones y una batería de artillería pueden recorrer á Méjico entero sin que se atreva á chistarles ningún ejército del país.²»

El 28 de febrero, casi en las goteras de Puebla, el humor tartarinesco del escritor no sufre un instante de mengua ni de decaimiento. «Es cosa resuelta, dice, que se atacará á Puebla tratando de hacer prisionera á la guarnición, ó por lo menos de desorganizarla de tal manera que no piense encerrarse otra vez en Méjico.³»

«Son conformes de toda conformidad las noticias que tenemos acerca de Puebla: ésta rodeada de fortificaciones y cuenta con cien piezas de artillería. No nos amedrenta en verdad este aparato, pues sabemos bien que tan pronto como caiga en nuestro poder cualquiera de las obras del recinto, será nuestra la ciudad. . . . Si el ataque se apresura, todo concluirá en cinco ó seis días; pero para eso no hemos de seguir el parecer de los ingenieros, que exigen un ataque en regla, con paralelas y demás.⁴»

Y un poco más allá: «Hacen mal en tomar tantas precauciones, que si proceden de pleno derecho cuando se trata de un ejército europeo, resultan superfluas respecto de uno mejicano.⁵»

Pero la primera embestida de los franceses le quita lo ufano y lo satisfecho. Está á punto de perder la vida en San Javier, presencia aquel fuego que Forey compara al de Sebastopol, y olvidándose de sus bravatas de marras confiesa que «en resumen *el trozo es más difícil de tragar de lo que suponía*, pues tras de murallas adquieren estas gentes no sé que fuerza de resistencia. . . .⁶»

«En mi última carta, escribe desanimado, decía que era modes-

1 Loizillon op. cit. pág. 38.

2 Loizillon op. cit. pág. 40.

3 Loizillon op. cit. pag. 44.

4 Loizillon op. cit. pág. 45.

5 Loizillon op. cit. pág. 47.

6 Loizillon op. cit. pág. 52.

to si vaticinaba diez días de sitio. Mis previsiones resultaron exactas desgraciadamente, pues los mejicanos se defienden con una energía de que no les creíamos capaces.¹»

El 30 de abril, recién ocurrido el caso de Santa Inés, ha modificado ya su opinión, y lejos de mostrarse *glorieux* y perdona vidas, dice con tristeza que «el sitio será largo y que *los mexicanos que conoce no son los que están tras de los muros*²»

«En resumen, exclama, la defensa de Puebla está perfectamente organizada y conducida. Apenas levantamos un espaldón de tierra, cuando al día siguiente ya hay abiertas aspilleras que lo batan.

«¿Qué dirá el emperador cuando sepa estas tristes noticias? El que nos anunciaba con toda formalidad, por el último correo, que no encontraríamos resistencia ninguna ni en Puebla ni en Méjico.

«¡Qué triste guerra ésta y qué de males va á traerle á Francia!

«Venimos para atacar á la porción vivaz, progresista, fuerte y numerosa en el país. Estamos apoyándonos en la parcialidad muerta y podrida y combatiendo contra el principio liberal, que preconizamos en nuestra propia casa.»

Olvidándose de que había asegurado que «con tres batallones, dos escuadrones de caballería y una batería de artillería se podía recorrer todo México sin hallar resistencia ninguna,» se indigna contra Saligny «ese hombre que había causado la triste guerra en que estaban metidos y que había contrapesado el mando militar.»

«Si le creyéramos, observa lleno de ira, marcharía de Orizaba á Méjico con un batallón de zuavos. Hace cinco ó seis días vino á recitar él *mea culpa* ante el general en jefe, pues dice que estaba engañado, y que no aguardaba tal energía de parte de los mejicanos.....»

«Pues bien, tras esta declaración contaba antes de ayer en Cholula, que el ejército había hecho mal en atacar á Puebla, y que en aquel momento se comprometía á tomar á Méjico con un pelotón de caballería. ¡Y á este hombre se le ha confiado la política de un país.....! Pobre Francia, que podría desempeñar tan hermoso papel si no estuviera paralizada por esta guerra estúpida.»³

1. Loizillón op. cit. pág. 52.

2. Loizillon op cit pág. 55.

3. Loizillón, op. cit. págs. 68, 69.

Y era tan cierto que la defensa de Puebla había hecho cambiar la opinión de los franceses, que en la conferencia que tuvo el Gral. Mendoza, en el cerro de San Juan, con el Gral. Forey y su jefe de estado mayor, el coronel D'Auvergne, éste dijo: «El Gral. Ortega debe estar seguro, si pretende una capitulación, de que se concederán á los defensores de la plaza todos los honores y todas las garantías que merecen; de lo contrario, debe estarlo también de que los prisioneros que se hagan en la plaza, cuando ésta caiga en nuestro poder, caso de que los defensores rompan su armamento, como usted lo acaba de indicar, quedarán sin garantía alguna y serán, en consecuencia, deportados á la Martinica.

«Oído lo expuesto por el Gral. Forey, dijo con bastante vehemencia y en tono de desaprobación á los conceptos emitidos por el jefe de su estado mayor; yo deporto á la Martinica á los ladrones, á los bandidos, pero no á oficiales valientes, como los de que se compone la guarnición que defiende á Puebla.»¹

El Gral. du Barail² concluye el episodio de Puebla con estas nobles palabras, que no resisto á la tentación de copiar textuamente:

«En aquellos momentos recibía el Gral. Forey á un parlamentario que le llevaba esta hermosa carta del Gral. Ortega:

«Señor general: No siéndome ya posible seguir defendiendo esta plaza por la falta de municiones y víveres, he disuelto el ejército que estaba á mis órdenes y roto su armamento, inclusa la artillería. Queda, pues, la plaza á las órdenes de V. E. y puede mandarla ocupar, si lo estima por conveniente, tomando las medidas que dicta la prudencia, para evitar los males que traería consigo una ocupación violenta, cuando ya no hay motivo para ello.

«El cuadro de generales, jefes y oficiales de que se compone este ejército, se halla en el palacio de gobierno, y los individuos que lo forman se entregan como prisioneros de guerra. No puedo, señor general, seguir defendiéndome por más tiempo; si pudiera, no dude V. E. que lo haría.

«Acepte V. E. etc.

ORTEGA.

«Estas hermosas líneas, obra de un general vencido, pasaron por la vista del Gral. Bazaine. ¿Por qué ¡ay! las había olvidado en 1870? ¿Por qué no las copió pura y simplemente, enviándolas al príncipe Federico Carlos? ¿Por qué no aprovechó el mariscal de Francia la lección

1. Parte de G. Ortega, pág. 113.

2. Op. cit., págs. 440 á 443.

que le había dado el general mexicano, al enseñarle como se acepta la derrota después de ejecutar todo cuanto manda el deber para obtener la victoria?

«Ya estaba ocupada la arrogante Puebla. Su caída dejaba en nuestras manos 20 generales, 303 oficiales superiores, 1119 oficiales subalternos y más de 11000 suboficiales y soldados. ¿Qué tratamiento debía darse á esta guarnición vencida?»

«Este punto dió origen á grandes disputas entre el general en jefe y el ministro de Francia, cuyas mutuas relaciones se habrían agriado más si tal cosa hubiera sido posible. Dubois de Saligny hizo notar que habiéndose rendido sin condiciones los defensores de Puebla, se podía disponer de ellos á nuestra guisa, pues ninguna convención les protegía. Concluyó pidiendo que Ortega y sus oficiales fueron deportados á Cayena ó por lo menos confinados á la Martinica.

—«Es cierto, respondió Forey, que no hay convención escrita; pero las leyes del honor me obligan más aún de lo que me obligaría mi firma puesta al calcé de un papel, pues estoy dispuesto á no faltar nunca á las tradiciones de confraternidad militar. Tal vez este ejército haya excitado el enojo de los políticos; pero en cambio se ha ganado la estima y la consideración de nosotros los soldados; y me propongo á todo trance no consentir que se trate como malhechores á tantos valientes.

«Todavía más radicales que Saligny y proponiendo una medida más sumaria, estaban los generales mejicanos que servían á los franceses, como el Gral. Almonte y el viejo Gral. Woll, que (á pesar de ser éste de origen francés) trataban austera y sencillamente de que Ortega y los suyos fueran fusilados; Forey ni siquiera se tomó el trabajo de responder á aquellos salvajes.»

El Sr. Bulnes se mesa los cabellos, derrama ceniza sobre su cabeza y rompe sus vestiduras al calcular lo que costó al país el sitio de Puebla, y califica á Juárez y á los suyos con los nombres despectivos que tan á mano tiene siempre nuestro historiador.

Hagamos el balance de lo que costó el sitio y de los resultados que trajo; quizás podamos comprobar que los elementos perdidos valían poco en comparación de los resultados que se obtuvieron.

«La toma de Puebla hizo caer en manos de los franceses 26 generales, 303 oficiales superiores, 1179 oficiales subalternos, 11000 suboficiales y soldados y 150 piezas de artillería.¹

1. Bueno es fijarse en que estas cifras proceden de autores franceses, natural-

«El 18 de mayo se habían rendido en Puebla 1508 oficiales.

«El día de la salida estaban presentes: 22 generales, 228 oficiales superiores, 700 oficiales subalternos: Total: 950.

«En el momento de embarcarse en Veracruz, había sólo 13 generales, 110 oficiales superiores, 407 oficiales subalternos, total: 530.

«La mayor parte de los que faltaban se habían escapado en el trayecto de Orizaba á Veracruz. Seis generales, Ortega, La Llave, Patoni, Pinzón, García y Prieto se evadieron en Orizaba; otros se fugaron en Puebla mismo, contándose entre ellos Escobedo, Berriozábal, Antillón, Porfirio Díaz, Ghilardi y Negrete. Encontraremos á todos al frente de partidas aisladas ó de cuerpos regularmente constituídos. Casi todos volvieron á las provincias en que se les conocía y en que disfrutaban de influencia. Fueron quienes mantuvieron el foco de las ideas liberales y contribuyeron á prolongar la guerra.»¹

Como se ve, la pérdida en jefes fué relativamente insignificante, y aun los mismos deportados á Francia (con excepción de los pocos que se adhirieron al imperio) no tardaron en volver al país y en prestarle de nuevo sus servicios.

Los soldados *refundidos* en las tropas de Márquez, que fueron en número de 5000, se desertaron á poco andar, y el gobierno legítimo tuvo en octubre del 63 un núcleo de tropas compuesto así:

Al mando de Uraga	10000	hombres.
„ „ „ Arteaga	2000	„
División Doblado	4000	„
Brigada Patoni	900	„
„ Hinojosa	2000	„
Fuerzas de Tamaulipas	2000	„
	<hr/>	
A la vuelta	20900	„

mente interesados en realzar su triunfo y en abultar el número y valor de lo capturado; mas debo hacer presente que Niox, de quien son las frases anteriores, (pág. 282) pone una nota en que dice que, según parte firmado por el jefe del estado mayor de la 2ª división, sólo se estima en 9000 el número de prisioneros. ¡Ya es rebajar el disminuir lo menos en una tercera parte la cantidad de gentes vencidas! Por lo que toca á los cañones, el Gral. du Barail. (pág. 445) apoyándose en el inventario del barón Berge, pone sólo 117 bocas de fuego. Si se atiende á que la mayor parte de esas piezas se habían inutilizado quemándose las cureñas, aserrándose los afustes y haciéndose volar los obuses, la presa de los franceses viene á ser casi insignificante.

1. Niox, op. cit. pág. 282, 283.

De la vuelta.....	20900	„
División Negrete.....	2500	„
Fuerzas de Jalisco.....	3000	„
„ „ Sonora.....	2000	„
„ „ Sinaloa.....	1500	„
„ „ Guerrero.....	1800	„
Con el Gral. Díaz ...	3000	„

34700 hombres.

El fracaso estaba subsanado y obtenidos los fines que Juárez se propuso al ordenar la defensa de Puebla.

Y no diga el Sr. Bulnes que el nuevo ejército pudo añadirse al antiguo, puesto que, si no era el mismo, al menos contaba con muchos de los elementos de aquél; ni menos finja fantasmagorías como la de que, con el gran núcleo de tropas que imagina, habríamos obligado á los franceses á retirarse, pues hasta la saciedad nos repite el historiador de Juárez, que si los mexicanos hubieran infligido al ejército francés un descalabro de importancia, Napoleón habría enviado sin falta 50, 100, 200 ó 500,000 hombres más de los que aquí tenía.

Ya inserté arriba el parecer de Thyval acerca del carácter de la guerra de México; du Barail escribe estas palabras comparando el sitio de Puebla y la invasión de España.²

«Al otro día de la toma de San Javier el sitio adquirió una fisonomía particular, pues se convirtió en guerra de calles. Puebla, violada, se tornaba Zaragoza.»

Idénticas comparaciones se hallan en casi todos los escritores franceses que se ocuparon en las cosas del sitio.

Movido por esta identidad de apreciaciones, un oficial mejicano del más alto valer, entusiasta por su arte y por la causa liberal y en quien los grandes servicios prestados á la patria no han sido obstáculo para su aplicación al estudio—he nombrado al Sr. Gral. D. Jesús Lalanne—emprendió un completo y utilísimo trabajo com-

1. Bancroft, *Porfirio Diaz*, pág. 388.

2. Du Barail, pág. 414.

parando los dos sitios, de Zaragoza y de Puebla. Extracto en lo conducente esa monografía.¹

PUEBLA.

ZARAGOZA.

TOPOGRAFÍA.

TOPOGRAFÍA.

Ciudad abierta.

Ciudad abierta, pero con grandes obras ya construídas y el río Ebro á su margen.

FORTIFICACIONES.

FORTIFICACIONES.

Aprovechadas las naturales que ofrecían los conventos y manzanas de casas. Los fuertes levantados eran de tierra y se habían hecho á toda prisa.

La natural del Ebro; muchos conventos, iglesias y casas particulares, una gran muralla de piedra seca con terraplén y numerosas obras semipermanentes.

ESPÍRITU DE LA POBLACIÓN.

ESPÍRITU DE LA POBLACIÓN.

Deplorable; Puebla seguía siendo la ciudad clerical, que se com-

Excelente; todos los hombres válidos se alistaban para servir

1. Aprovecho esta oportunidad para dar público testimonio de mi agradecimiento al Sr. Gral. Lalanne, quien me ha ayudado en la formación de todas mis obras históricas con el cariño, el desinterés y la buena voluntad que conocen cuantos se acercan al distinguido veterano. Libros, documentos, noticias, recomendaciones para los testigos de los sucesos que no presencié, todo, en fin, cuanto puede hacer fácil, llevadera y hasta grata la tarea del investigador de historia contemporánea, me lo suministró el Sr. Lalanne con un desprendimiento y una gentileza que nunca le agradeceré bastante. Mi libro sobre Puebla, que corre impreso en la colección de mis novelas históricas, contiene (en materia de información) verdaderas joyas, que debo en gran parte á la bondad del antiguo y fiel ayudante de González Ortega.

El Sr. Lalanne no es el único general mejicano á quien debo esos servicios: también me los han prestado otros que por su jerarquía, sus antecedentes y su importancia, han dado gran valor á mis pobres trabajos mediante los informes que han tenido la bondad de suministrarme.

PUEBLA.

placía en tejer coronas para los extranjeros invasores, y en mostrarse declaradamente hostil contra los que defendían á su patria.

MANDO.

D. Jesús González Ortega, soldado novel y sin experiencia.

TROPAS SITIADORAS.

34,000 franceses y 2,600 mejicanos.

TROPAS SITIADAS.

16,000 hombres, si se cree á los testimonios de los presenciales; menos de 20,000 si se atiende á los datos que corren impresos— á contar de la salida de las caballerías.

ARTILLERÍA

178 piezas.

PROVISIONES DE LOS SITIADOS.

Escasísimas; las necesarias para alimentar á 20,000 hombres durante un mes.

PROVISIONES DE LOS SITIADORES.

Abundantes, debido en parte á imprevisión de los republica-

ZARAGOZA.

en el ejército, excitados por los frailes, que habían predicado la guerra santa contra los inmundos cerdos que destruirían la religión católica si llegaban á triunfar.

MANDO.

D. José Palafox, soldado sin práctica ni conocimientos.

TROPAS SITIADORAS.

18,000 franceses.

TROPAS SITIADAS.

45,000 hombres eficazmente ayudados por 50,000 habitantes dellugar, que tomaban las armas cuando era menester.

ARTILLERÍA.

150 piezas.

PROVISIONES DE LOS SITIADOS.

Inmensas y de todas clases. Había para alimentar á 15,000 hombres durante seis meses.

PROVISIONES DE LOS SITIADORES.

Escasas y difíciles de acaparrarse.

PUEBLA.

nos y en parte á complicidad de los hacendados, grandes simpatizadores de la intervención.

DURACIÓN DEL SITIO.

PUNTOS OCUPADOS AL CONCLUIR.

55 días. No se tomó ningún punto que constituyera una defensa principal de la plaza.

TERMINO DEL SITIO

Ocupación de la plaza. Ruptura de fusiles y cañones, inundación de pólvoras, voladura de piezas. La guarnición se constituyó prisionera sin consentir en adherirse á los invasores.

EL CLERO CATÓLICO.

«El interior de la catedral resplandecía de plata y oro. Era un deslumbramiento en medio de la desolación» (Du Barail, pág 444) «El clero de Puebla, en medio del mayor regocijo y vistiendo de gala la catedral, recibió en ella á los invasores de su Patria, cantando un solemne Te Deum por la toma de la ciudad.» (G. Ortega, *Parte general.*)

ZARAGOZA.

DURACIÓN DEL SITIO.

PUNTOS OCUPADOS AL CONCLUIR.

53 días. Tomadas casi todas las defensas importantes.

TERMINO DEL SITIO.

Capitulación. Los oficiales y soldados debían prestar juramento de fidelidad á José I ó prepararse á marchar prisioneros á Francia.

EL CLERO CATÓLICO.

Lannes es recibido bajo palio por el obispo Santander.

¡El sitio de Puebla, que sufre la comparación con el admirable de Zaragoza, y que le excede grandemente en lo que toca á su término, no puede ser una mancha en la historia del ejército mejicano ni en la del hombre que le ordenó y dispuso!

Por eso el duque de Aumale, presidente del consejo de guerra que juzgó á Bazaine, recordaba al capitulado de Metz el término del cerco de Puebla; por eso las ordenanzas de los ejércitos europeos previenen que en la última extremidad de los asedios se obre como lo hizo el tinterillo de Juchipila, el militar de ocasión, el ignorante y el necio á quien tan duramente califica el Sr. Bulnes. . . .

Pero hay algo que en mi concepto se puede considerar como el resultado más importante del sitio de Puebla: el haber servido para que abrieran los ojos los conservadores de buena fe y los numerosos franceses que creían aún en la trivial leyenda de un Juárez infame, traidor, de mala fe, enemigo jurado de los alienígenas, borracho y glotón; y en la leyenda (más acreditada aún) de un partido monarquista honrado, numeroso, sensato, discreto y bien criado que volvía los claros ojos que enturbiaba el llanto, á través del mar inmenso, en solicitud de un auxilio, de una muestra de simpatía, de un gesto de asentimiento de los monarcas y los pueblos de allende.

Du Barail nos cuenta el aspecto triste y desolado que presentaba la conquista de Forey: ni una autoridad para recibir á éste, ni siquiera un empleado municipal, nadie. En las calles no había un curioso que le mirara, ni una mujer que le sonriera; atravesaba una ciudad muerta; marchaba en medio de un silencio lúgubre y crispador. . . . este contraste entre lo esperado y lo ocurrido infundía en Wolf sentimientos de humildad y dudas acerca de lo legítimo de su sangrienta intervención.

A contar del cinco de mayo, pero con más razón después del sitio de Puebla, los Rouher y los Billault no pudieron hablar más de la oligarquía que pesaba sobre Méjico ni de la misión civilizadora del ejército francés: desde entonces empezaron á conocerse los propósitos de los redentores y la negrura del colorido con que estudiadamente pintaban aquellos á los enemigos á quien combatían.

Un concienzudo estudio de un pensador americano resume admirablemente ese momento de nuestra historia: «Al principio de

1 En *Annual report of the american historical association for the year 1902 Causas por-*

la empresa, dice, ninguna duda nublaba las esperanzas que tenía Napoleón III de alcanzar éxito cumplido en el establecimiento de una monarquía dependiente de Francia. Los clericales y conservadores refugiados en Europa se habían convencido de que bastaría un pequeño contingente de sus tropas para vencer la facticia oposición de los liberales. Sin duda el Ministro de Relaciones era sincero cuando aseguraba á los Estados Unidos en esta época que Francia no trataba de cohibir la voluntad del pueblo mejicano en cuanto á la elección de una forma especial de gobierno. Pensaba que por todas partes se aclamaría la bandera francesa como símbolo de liberación de la anarquía, y que protegida por ella la elección espontánea nacional traería la organización de una monarquía estable.¹

«ESTAS ESPERANZAS RECIBIERON LA MAS AMARGA SERIE DE DECEPCIONES Á CONTAR DESDE LOS REVESES QUE ANTE PUEBLA SUFRIÓ EL EJÉRCITO LIBERTADOR.»

Antes de Puebla, habíamos sido (aun en concepto de los liberales europeos) una tribu rebelde y levantisca—algo como tuaregs ó chinos de América—que rechazábamos sistemáticamente el suave yugo francés; después de Puebla se nos vió como nación briosa y fuerte que propugnaba con denuedo por su libertad; y no hubo gran pensador, periodista honrado ó político de altas miras que no nos manifestaran su intensa admiración.

En Puebla quedó probado lo utópico é impracticable del pensamiento más grande del reinado de Napoleón III.

En Puebla terminó virtualmente la intervención, que en lo futuro no pudo tener bandera, ni siquiera pretexto para existir.

Tacuba, septiembre de 1904.

V. SALADO ÁLVAREZ.

que se retiró de Méjico el ejército francés. Cf. sobre este asunto Randón, memorias 11, 81, 84, 85, Vieil-Castel, *Memorias*, VI 288. Nótese también el carácter de los despachos de Dayton en la *Correspondencia Diplomática* de 1863, tomo II, 726, 730, 745, 760, 773. Es explícito el siguiente brevísimo párrafo de Randón. «En el fondo, como todos los miembros del consejo, el mariscal era contrario á la expedición mejicana y hubiera querido terminarla lo más pronto posible. El patriotismo mejicano se exaltaba, y en Francia la opinión pública parecía cada vez más contraria á la expedición. Alentaban á nuestros adversarios los vivos ataques contra el gobierno de los miembros de la oposición en el Palacio Borbón.»

1 Dayton á Seward, 27 de septiembre de 1861. Doc. 100, pág 212, Docs. de la Cámara de Diputados, segunda sesión Congreso XXXVII.

F
.J
S
c.